

# Cartas a Monica Jones

Philip Larkin

## Nota introductoria

**L**AS cartas de Philip Larkin a Monica Jones, sin duda, están por debajo de la obra del poeta, pero, también sin duda, se hallan por encima de la persona; al menos, se hallan muy por encima del personaje de cartón piedra que han construido precipitadamente los detractores del poeta con materiales que han saqueado, sin mucho discernimiento, en la biografía de Andrew Motion, y en la selección de cartas del poeta editada por Anthony Thwaite. Unos materiales que con relativamente poco esfuerzo han dado para convertir al «ermitaño» de Hull en un *ninot* de Fallas. Sin su obra poética, difícilmente se habrían recordado, tras su muerte, las cartas de Philip Larkin. Pero tampoco hay duda de que, digan lo que digan los adoradores de la Artemisa de la Corrección Política, la persona es más interesante en sus contradicciones, en su sorprendente sentido de la fidelidad (a su madre, a Monica Jones, a Maeve Brennan, a Betty Mackereth), en el cultivo de un tipo de excentricidad muy británica, en unas pasiones intelectuales provocadoramente antiintelectuales, y en un rechazo del mundo moderno que no va siempre acompañado de una glorificación del pasado.

El sorprendente sentido de la fidelidad de Philip Larkin no quiere decir, ni mucho menos, que fuera fiel en sus relaciones, pues no lo fue, sino que, dejando a un lado a su madre, hacia las mujeres que fueron importantes en su vida, guardó siempre una fidelidad, por separado, que nunca rompió de forma deliberada o autónoma. Su madre, Monica Jones («me engañaba, el muy cabrón, pero yo lo amaba»), Maeve Brennan y aun Betty Mackereth siempre contaron con la atención, con el interés o con los cuidados del poeta.

Ahora que ya no se usa tanto la palabra, quizá sea el momento oportuno para decir que la personalidad de Philip Larkin era *poliédrica*. Se ha señalado que Philip Larkin era diferente según la persona a la que dirigiera sus cartas. Quizá esta sea una pauta de conducta que, de forma intuitiva, más o menos evidente, siga todo redactor de cartas. Cada corresponsal del poeta conoció a través de las cartas a una persona, un redactor, diferente. Y así, sus corresponsales más políticamente incorrectos recibieron cartas políticamente incorrectas, sus familiares recibieron cartas del hijo ejemplar y del hermano cariñoso, sus editores recibieron cartas del autor atento a los detalles y algo tiquismiquis, sus amigos más literarios recibieron cartas más literarias, sus novias recibieron cartas llenas de afecto. Acaso tamaña variedad de personalidades no sea suficiente para alcanzar el número de caras de un icosaedro, pero no es impensable que el conjunto de la correspondencia, lo que hasta ahora se conoce, guarde en su interior el número áureo de la personalidad de Philip Larkin. En una carta a Monica, Philip Larkin expresa su disgusto con matizada ira de clase media, «me salen lágrimas de ira, ¿por qué tiene que dejar la puerta abierta para que el ruido de la maldita radio se oiga por toda la casa? [...] Siento una suerte de claustrofobia espiritual». Ante Jean Hartley, de una clase social menos distinguida que la de Monica Jones, el poeta sabía expresarse de una forma más popular: «Me gustaría construir un urinario para camellos sobre la tumba del *Signor* Marconi». La radio, esta misma radio, es la que se oirá en todo su estridente esplendor en el poema «Mr. Bleaney».

La correspondencia de Philip Larkin y Monica Jones abarca un período de tiempo de casi cuarenta años. De estos intercambios se han conservado 1421 cartas y algo más de medio millar de postales. Es, sin duda, la correspondencia que mejor refleja las tres dimensiones en las que el deseo de conocer al autor tras la obra justifica la lectura de esta documentación.

En las cartas que Philip Larkin dirige a Monica Jones se atiende, en primer lugar, a la vida cotidiana, a los muchos detalles de la vida diaria que no eluden el ojo vigilante del autor: la limpieza, el lavado de la ropa, la comida y su preparación, el trabajo, las obligaciones sociales. Se considera asimismo la miscelánea de condiciones que gobiernan su estado de ánimo o su bienestar: el frío o el calor, la salud, los contratiempos y las alegrías. El editor de las cartas, sin embargo, ha podado de la correspondencia sus rasgos más domésticos. Por el contrario, en las cartas a su familia, a su madre, sobre todo, los asuntos domésticos ocupan un importante apartado. En esta correspondencia, los calcetines tienen en el índice una entrada independiente, dedicada al lavado de calcetines, la compra, la elección y, muy importante, al zurcido. En la correspondencia con Mo-

nica Jones se entiende que esta parte la ha sacrificado el editor sobre el altar del superior interés literario. En la poesía de Larkin, sin embargo, la vida cotidiana tiene tanta importancia que leer sobre ella revela, de forma principal, ese modo de atención que posteriormente se convierte o puede convertirse en poesía.

El segundo dominio que atraerá al lector es el de la información sobre literatura, lecturas y comentarios de las obras de otros autores. Dejan estos en el recuerdo el contenido *pícosito* de una actitud, más que el aprecio por una revelación o por un juicio que saque a la luz virtudes a las que nadie había prestado la suficiente atención. Después de todo, Philip Larkin nunca se propuso decir nada encaminado a establecer una teoría literaria, todo lo contrario, si se propuso algo fue que no hubiera nunca en sus escritos ninguna teoría literaria. Sus juicios nacen de un criterio que arraiga en el bien regado suelo de las convicciones, y no deja que las ramas de aquellos se mezan en el viento de la enrarecida teoría literaria. Philip Larkin vuelca su malhumor sobre personajes concretos, sobre el crítico y profesor F.R. Leavis, por ejemplo, al que crucifica sin compasión: «Un memo, en cuya cabeza las ideas son como los guisantes de un sonajero». O expresa sus preferencias de forma rotunda: «He estado leyendo la versión original de *El sastrer de Gloucester*: esta te muestra lo maravillosa que es la versión posterior. Me caían lagrimones. Es una obra de arte perfecta: la cambio por todo Proust, Joyce y Mann». *El sastrer de Gloucester* es una obra de la autora de libros infantiles Beatrix Potter.

Acaso Monica Jones fue la persona con la que Philip Larkin intercambié mayor número de reflexiones sobre literatura y sobre su poesía. Este es el tercer gran atractivo de esta correspondencia. En las cartas a Monica la poesía de Philip Larkin ocupa un lugar eminente. Por ejemplo, «Mr. Bleaney», pero también «Church Going» o «The Whitsun Weddings», y todo un rosario de poemas reciben en las cartas atención, comentario o explicación. Monica Jones desempeñó un papel clave en la creación de Philip Larkin, pues ella fue la única persona con la que este mantuvo una relación directa cuando escribía, y con la que de manera confiada intercambiaba opiniones sobre su propia obra. Por ejemplo, sobre *The Whitsun Weddings*: «La calidad poética se ha diluido. Demasiados poemas dependen de lo simplemente sentimental. Todo muy deprimente. Pero, ¿qué no lo es?». Tal vez el poeta no sea sincero, y con esta descripción pida disimuladamente una respuesta que ahuyente sus miedos y gratifique su vanidad, pero resulta difícil pensar que Philip Larkin hubiera encontrado otra persona con la que hablar sobre su vida diaria, sus gustos literarios y su propia obra. Esa persona fue Monica Jones. —DÁMASO LÓPEZ GARCÍA.

## 23 de julio de 1950

12 Dixon Drive, Leicester

Mi querida Monica:

Acabo de pesar mi nuevo diario: unas dos libras y dos onzas. El primero que escribí durante mis días escolares pesaba tres onzas y media. ¡Cómo ha crecido mi ego desde entonces! Antes de empezar, voy a grabar en la contraportada la frase *Mi vida y los tiempos difíciles*. En oro.

Muchas gracias por tu carta<sup>1</sup>, que me recordó vagamente a una que Katherine Mansfield escribió a un joven llamado Goodyear (que había sido el mejor amigo de Middleton Murry), pero que en un acto de nobleza no llegó a enviar. Sin embargo, leyéndola con más atención, no se parecían mucho. Lamento que mis malos presagios suenen dramáticos, lo que quería decirte es esto: que nuestra amistad es para mí un refugio y por si te has formado una imagen de mí demasiado positiva, me siento casi obligado a decirte que yo te gustaría menos –o tendrías una peor opinión de mí– si tuvieses la oportunidad de conocerme como soy en realidad: no el *divin Marquis* ni el capitán Hugh, sino más bien como Mybug<sup>2</sup> o el Eddie de Portia<sup>3</sup> o incluso el padre de Portia, que es incompatible con tu idea de «hombre bueno». Eso es todo. Y lo digo con el ánimo de alguien que señala los defectos de algo cuando se le alaba por serlo, tenerlo o hacerlo. No por pánico ni por protección. Esto es lo que hay y, por supuesto, no se ha echado a perder nada [...].

En general, la visita de Madge<sup>4</sup> fue bastante bien. Un montón de alabanzas literarias por mi parte, aunque en un momento dado me escuché a mí mismo diciendo: «*El agua del depósito superior se trasladada al depósito inferior*, y, bueno, cuando puedes decir esto, Charles, me parece que puedes decir cualquier cosa», lo cual, aunque por un lado puede parecer *sincero* por mi parte, suena un poco raro, fuera de contexto. No tendría que haber visto la cara del gruñón

---

(1) Esta es la primera carta que se conserva de este año. En ella Larkin responde a una carta previa de Monica en la que ella se refiere a un encuentro que le había «molestado» y a una carta posterior de Larkin, disculpándose por ello.

(2) Personaje de la novela de Stella Gibbons, *Navidades en Cold Comfort Farm*, trad. de Laura Naranjo y Carmen Torres García, Impedimenta, 2013.

(3) Personaje, en este caso, de la novela de Elizabeth Bowen, *La muerte del corazón*, trad. de Eduardo Berti, Impedimenta, 2012.

(4) El poeta Charles Madge había escrito a Larkin haciéndole saber su admiración por su libro *El barco del norte*, trad. de Jesús Llorente Sanjuán, Acuarela, 1991. El título original es *The North Ship* y fue publicado en 1945 por The Fortune Press.

lameculos de Collins<sup>5</sup>. Buena comida, un montón de locuras, enajenaciones, traumas y demás cosas, unas pocas anécdotas literarias (el editor literario de *The Listener*<sup>6</sup> merodea por Wellington Barracks a diario), dos chavales alegres desinhibidos, una suegra (irlandesa), paredes muy bien pintadas al temple, *mater y delphinium* acordes al lugar y simplemente un tiempo horrible. Lluvia todo el tiempo. Había una cantidad considerable de bebidas de alta gama (ni cerveza ni licores) y buena conversación literaria («Joyce es el... desde Shakespeare»). Tienen la mala costumbre de irse a la cama sobre las once, dejándome desconsolado, cambiando de mano un vaso de Bournvita caliente e intentando leer el principio de *Mary Barton*<sup>7</sup> en un pozo frío de luz eléctrica. Y esas han sido mis vacaciones. El único momento embarazoso fue cuando Charles Madge me mostró una página de Mallarmé<sup>8</sup> para que la leyese, no era poesía, sino algo técnico sobre la rima, y me preguntó si estaba de acuerdo. Como ya sabes, mi francés es como el de Grimes («empezaré con algunas viejas *huitres*»)<sup>9</sup>, así que ahí me pilló. Algunas palabras las conocía, como *et* y *le*, pero entre ambas había muchas desconocidas. Ah sí, una cosa que dijo cuando caminábamos hacia el parque fue: «Sí me gustó... aquel poema tan... (*cualquier adjetivo halagador*) que me enviaste... sobre carreras» [...] <sup>10</sup>.

## 10 de octubre de 1950

Queen's Chambers & c.

[...] Lamento que mi agradecimiento se entendiese mal, de verdad que no pretendía ofenderte, solo intentaba decirte que no doy por sentada tu amistad. Por supuesto que puedo imaginarme un montón de formas desagradables de dar las gracias, pero debes recordar que no tengo nada de «macho» seguro de sí mismo, quizás sería mejor si lo tuviera.

(5) A.S. Collins: jefe de departamento de Monica en Leicester.

(6) J.R. Ackerley.

(7) Elizabeth Gaskell, *Mary Barton*, trad. Miguel Temprano García, Alba, 2012.

(8) *Selected Letters* (ed. by Anthony Thwaite), 1993.

(9) Evelyn Waugh, «La agonía del capitán Grimes» en *Decadencia y caída*, trad. Floreal Mazía, Anagrama, 1984.

(10) Charles Madge se refiere evidentemente al poema «En la hierba» en *Un engaño menor* (trad. Álvaro García), Comares, 1991: el título original es *The Less Deceived* (1955). En la edición de Damiá Alou y Marcelo Cohen, lleva el título de «Engaños», (*Philip Larkin, Poesía reunida*, Lumen, 2014, p. 89). Traducción de Damiá Alou, pero con el título de «En el pasto», en *Philip Larkin, Antología poética*, Cátedra, 2016, p. 217).

Y lo de Yeats fue solo porque te escuché decir hace una noche o dos que querías uno. Sentía un gran cariño por él, cuando tenía veintiuno o veintidós años, pero desde entonces ha ido palideciendo considerablemente. Ahora no puedo soportar la atmósfera apasionada e irreal de todos sus estados de ánimo, sus enseres de viejo salvaje, su arrogancia. Es la antítesis total de D.H. Lawrence y Thomas Hardy. Sin embargo, sabe escribir. No tengo la edición completa, la mía acaba en el poema «Una mujer joven y anciana»<sup>11</sup>. No creo que encuentres nada de la *perçant* de la que hablas. Es demasiado fantasioso. Para mí, la emoción siempre está vinculada al pasado y, generalmente, al amor. La persona que se me viene enseguida a la cabeza es el mejor en ambos temas, Hardy. «Not a line of her writing have I, / Not a thread of her hair»; «If it's ever Spring again, / Spring again»<sup>12</sup>: solo con estas primeras líneas, el corazón se me encoge y siento escalofríos. Te pongo otro ejemplo, lo que K. Mansfield quiere decir con «Le temps des lilas et le temp des roses» y lo escucho claramente en su *Diario* ¿tú no?<sup>13</sup>.

Esta noche estaba mirando la estrecha y polvorienta estantería cuando atisé con ojo ávido (*ahá*) un libro que parecía mal colocado y lo cogí... No estaba mal colocado, efectivamente; le eché un vistazo y vi que se llamaba *Love's looking-glass or, spectrum amoris*, un libro anónimo de chorradas de 1895. Al abrirlo, como dicen, al azar, di con un poema «Para M. B.-J»<sup>14</sup>: es extraño, ¿no te parece? De todas formas, no era un poema muy bueno, estaba lleno de descuidos, elipsis, de «artemisas». Pero un libro como ese, sin autor, sin mérito, lo encuentro muy evocador; yo lo estudiaría con atención antes que a Chaucer, Spenser, Shakespeare, Milton, Dryden, Pope, Blake, Keats, Shelley, Byron, o «AE» (George Russell). [...]

---

(11) W.B. Yeats, *La escalera de caracol y otros poemas*, trad. de Antonio Linares, Linteo, 2010.

(12) Son dos poemas de Thomas Hardy. El primero «Thought Of Ph-A At News Of Her Death» está en *Thomas Hardy -poems-*, 2004. El segundo pertenece al poema «If it's ever spring again» y pertenece al libro *Late Lyrics and Earlier: with Many Other Verses*, 2012.

(13) Katherine Mansfield, *Diario*, trad. de Aránzazu Usandizaga Sainz, Lumen, 2008. El poema «Le temps des lilas» fue escrito por Maurice Bouchor (1855-1929). La escritora señala que se imagina una voz clara cantándolo al piano.

(14) La extrañeza es porque las iniciales de Monica eran M.M.B.J.

21 de octubre de 1950

Queen's Chambers

Querida blanca y dorada:

[...] No conozco el poema que citaste. ¿Cuál es? El mío sobre la señora P. es «Dover», de Auden<sup>15</sup>. He leído hace poco su colección de poemas cortos. No esperaba que me impresionaran y sí lo hicieron, tanto por su vivacidad como por su variedad. ¡Qué inteligentes son estas personas! También he leído por casualidad un poema llamado «Dublin», de Louis MacNeice y también me he deprimido por su extraordinario talento. A pesar de todo lo que decimos sobre ellos, Auden y MacNeice *tienen talento*, otros autores menores no. En poesía, como en todo, si no estás ya a mitad de camino, no merece la pena empezar. En cuanto a literatura, me interesan mucho tus comentarios sobre D.H.L., ante cualquier opinión sobre él, salto como una fiera. Y, aun así, estos días cada vez tengo menos ganas de intentar decir algo sobre D.H.L., es tan grande, tan esquivo, engañoso, fascinante, efímero, que tengo la extraña sensación de estar dentro de él, tambaleándome, indefenso pasando de un tema a otro, incapaz de verle como un todo, objetivamente. Siempre ha significado para mí más que cualquier otro escritor. He asumido sus conclusiones de modo tan poco crítico que la mitad del tiempo he estado viviendo una especie de sueño, donde yo soy él y él es yo. Hay veces en las que le desprecio y luego me doy cuenta de que lo que estoy zarandeando con rabia es una marioneta de mí mismo y él está muy lejos. Otras veces, cuando pienso en el humillante abismo que se abre entre su valía y la mía, recaigo y vuelvo a adorarlo como a un héroe. Por otro lado, a causa de la mente ordenada que tengo, su total inconsistencia me exaspera; quiero cortarlo por mi mismo patrón: demuestro sus muchas incoherencias y me siento satisfecho durante quizás media hora, pero después, reacciono con tristeza y me doy cuenta de que la congruencia no es una gran virtud, comparada con el duro y rico sentido de la vida que Lawrence, más que otros autores, puede darme. Después de todo, para un materialista, eso es lo más importante: es lo que busco en todos los autores, Hardy, Ll. Powys, G. Eliot. Y, lo que es más, *contar la vida como la veo*, con una mirada que lo abarca todo (desde generalidades históricas, especulaciones sobre culturas y civilizaciones y la genialidad de diferentes naciones hasta el

---

(15) W.H. Auden, «Dover», en *Otro tiempo*, trad. de Álvaro García, Pre-Textos, 2002.

detalle casero más pequeño): el perro de Mellor reclama su cena, el viejo Morel fríe un trozo de *bacon* pinchado en el cuchillo y, por la mañana temprano, lee en voz alta el periódico antes de correr las cortinas. Para mí, él lo incluye todo, su lenguaje tiene un estilo grandioso (tanto que puede ser molesto), su impresionismo es rápido y coloquial, pero también tan preciso que maravilla; su mente parece capaz de relacionar cualquier momento de la vida con el resto. Presenta una escena, un comportamiento y en una pincelada lo relaciona con la vida entera de la persona y su mundo. Pensarás que me he estado tragando un montón de patrañas, pero, de nuevo, sus juicios morales me parecen tan precisos que son arrolladores. Recuerda cuando Kate ha huido de la corrida de toros y el joven americano, que ha aguantado hasta el final del espectáculo en aras de la «experiencia», vuelve jactándose de ello: «Estaba pálido, enfermo como un pájaro que se ha hartado de picotear en la basura»<sup>16</sup>.

No obstante, releer todo esto me hace pensar que suena como las alabanzas de una jovencita sueca que ha venido a pasar el verano y acaba de descubrir a «Daysh Lawnce»<sup>17</sup>. Si puedo añadir algo a tus comentarios, creo que Lawrence era un absoluto egoísta en el sentido de que sentía lo bella que podía ser la vida, *si siempre se salía con la suya*. Nunca se hubiera comprometido lo necesario para integrarse en la sociedad. Después de todo, ambos coincidimos en que el trabajo es aburrido y la gente insípida, pero yo no tengo el coraje ni la energía para hacer algo al respecto. Puedes librarte de la oficina, si tienes suficiente ingenio como para ganar dinero de otro modo y suficiente aguante para sobrevivir sin la protección de la familiaridad, el hábito y las ventajas que ofrece el rebaño. D.H.L. tenía ambas cosas y lo admiro profundamente por ello. En el extranjero no fue feliz (no olvidemos que vivió lejos de Inglaterra por temas de salud), pero al menos fue Lawrence. En casa, bueno, no sé lo que habría sido. No puedo imaginármelo. Por lo demás, en lo que respecta a este negocio, era tan ingenuo que daba pena, casi totalmente dependiente de Frieda (lo cual no me sorprende, pues cuanto mayor es tu capacidad de amar, mayor tu dependencia del ser amado) y condenado a relacionarse con gente de segunda categoría, ya que los de primera no se doblegarían ante él, como todo el mundo tenía que hacer. Para terminar, en cuanto a ambición, de joven fue ambicioso de forma convencional: «¡Ganaré mil al año!». Y algo altivo: «El padre de mi mujer era barón». Más

---

(16) Frase que aparece en el capítulo II de la obra de D.H. Lawrence, *La serpiente emplumada*, trad. de Pilar Giralt, Montesinos, 2000.

(17) Se refiere a D.H. Lawrence.



tarde, quiso utilizar el poder que creía tener en beneficio de la humanidad, pero después de recibir varias bofetadas, creo que abandonó cualquier idea de mejora personal, y solo quiso que le dejaran en paz y dejarle a Frieda lo suficiente para vivir cuando él muriese. Nada comparable al yate de Arnold Bennett, a una edición completa de James, al título de Caballero de Warpole o, bueno, no se me ocurre nadie más con una especial distinción, pero todo eso le resultaba bastante ajeno, y creo que te equivocas bastante si lo consideras –al menos después de 1918– como alguien que deseaba algún tipo de «aceptación social».

Pero podría –como sin duda sabes bien– continuar hablando de él eternamente. Son las seis menos cuarto y tengo que cruzar la calle oscura y ajetreada para ir a cenar [...].

## **24 de julio de 1952**

30 Elmwood Ave, Belfast

[...] Hablando en serio, creo que en la vida es una falta grave desperdiciar mucho tiempo en asuntos sociales, porque no solo te quita tiempo para dedicarlo a tus cosas privadas, sino que te impide acopiar energía psíquica que luego puedes liberar para crear arte o lo que sea. Es terrible la manera en que acallamos el silencio y la soledad a cada paso, bastante suicida todo. No sé cómo evitarlo, sin ser demasiado rico ni demasiado impopular, y me preocupa de veras, ya que el tiempo pasa y no hacemos nada. No es como si se ganase algo con esta frivolidad social. No es eso, es solo una pérdida de tiempo [...].

## **9 de octubre de 1952**

30 Elmwood Ave, Belfast

[...] Sí, han sido unas bonitas vacaciones, ¿no es así? Unas vacaciones marcadas por Sawrey y todas sus referencias al mundo de Beatrix Potter. No sé qué recuerdo con más claridad, quizá el viaje en tren desde W'mere y tus imitaciones de la sra. Luttrell! o los paseos por Ullswater hasta que comenzamos a oír aquellos pasos ruidosos y aterradores detrás de nosotros. Me alegro mucho de que disfrutases de todo. Es lo que quería, para tu vida... No, no para tu vida, quiero decir que necesitabas unas vacaciones más divertidas que estas incluso, pero quería que, al menos, disfrutases tanto como hemos hecho.

De verdad voy a conocer a E.M. Forster: pensaba que no debería, pero parece que el chico con el que está viviendo ahora E.M.

F. recordaba mi nombre y me han invitado a la casa de John Hewitt mañana a las ocho. ¿Le pregunto si es homosexual? Es lo único que de verdad quiero saber sobre él, ¿sabes? Ni siquiera me importa por qué dejé de escribir.

Querida, debo parecer muy pretencioso y gruñón con mis insinuaciones agoreras y críticas veladas hacia ti y me pregunto cómo eres tan paciente. No es que sea nada horrible, pero soy tan reactivo a atribuirme tener razón sobre aquello que juzgo en mis críticas, que todos los críticos, aunque solo sea por un momento, considerarán que o bien soy muy tímido o me avergüenzo de decir lo que pienso. ¡No es nada terrible!, solo siento que la persona más adecuada para decirlo es el personaje de la página 57 en «The Pie»<sup>18</sup>: una vieja gata maternal y decidida, hablándole a su gatito, no yo. Simplemente es que, desde mi punto de vista, harías bien en revisar de forma drástica la cantidad de cosas que dices y la intensidad con que las dices. Ya eres algo consciente de esto ¿verdad? Dices que hablas «como una cotorra» –¿recuerdas haber dicho esto en una esquina de Clarendon Park Road, esperando el autobús, después de que cerraran las tiendas?– y que hablas «de forma aburrida y superficial». Yo no digo eso exactamente, lo que sí creo es que no tienes idea de lo agotadora que resultas cuando elevas la voz. Quizá soy excesivamente (¿extremadamente?) sensible, pero constato que me afecta así. Me siento casi incapaz de contestar, solo quiero marcharme y quedarme tranquilo en algún sitio. ¡Sin duda te acordarás de algunos momentos en Grasmere, en los que yo parecía algo malhumorado! Bueno, lo que te voy a decir suena muy desagradable así, en frío, pero no es mi intención. Si lo menciono es solo porque estoy llegando a un punto en el que... bueno... en el que mi rechazo a decir lo que realmente siento está convirtiéndose en una falsedad mayúscula. Sé que no era tu intención –pensé durante años que sí– y creo que nunca has llegado a superar la época en que o bien hablabas todo el tiempo o te quedabas callada y embobada. También pienso que a lo mejor vienes de una casa bastante más ruidosa que la mía. Pero por todo esto, te recomiendo vivamente, con todo mi amor y cariño, que pienses sobre cuánto hablas y cómo lo dices. Incluso me atrevería a proponerte tres reglas: una, nunca digas más de dos frases, o como mucho tres, sin esperar una respuesta o comentario de la persona con la que hablas; dos, no uses en ningún caso ese tono áspero y didáctico tan tuyo, y utiliza solo uno suave y musical (excepto en casos especiales); y tres, límitate a mi-

---

(18) Beatrix Potter, *Cuentos completos*, trad. Fabián Chueca y Ramón Buckley, Beascoa, 2012.

rar de soslayo a tu interlocutor (¿palabra incorrecta?) una o dos veces mientras hablas. Te estás acostumbrando a escrutar demasiado los gestos de quien te escucha. ¡No lo hagas! Es muy complicado.

Te darás cuenta de que no digo nada sobre lo que dices –eso no me importa–. Estos simples comentarios técnicos son lo que quiero transmitirte, porque llevo pensándolo muchos años y por fin he llegado a la conclusión de que lo que siento es, en resumen, objetivo y no una manía personal contra ti. Creo que te iría mucho mejor si hicieras lo que te digo. A decir verdad, no creo que a otra gente le moleste tanto como a mí –¡quizá no quieran interrumpirte tanto como yo!–, pero les molesta un poco, estoy seguro, y a mí me molesta muchísimo. ¡Ay querida!, qué desagradable y violento resulta todo esto. Te lo pongo por escrito, en lugar de decírtelo –como supongo que debería hacer–, porque creo que no podría decírtelo a la cara, a no ser que estuviera borracho. Por favor, no te preocupes demasiado de lo que digo. Mira el dibujo de la página 57 e imagina que es ella la que te lo está diciendo. Y no pienses que estoy haciendo una montaña de un grano de arena; quiero decir que ya sé que no es más que un defecto, no muy importante, un defecto superficial, pero con el que uno se tropieza todo el tiempo. En cualquier caso... vamos a hablar de cosas más agradables.

He devuelto unos cupones a Vernon's, así que cuando gane podremos ir a navegar con un billete de cinco libras, etc. Me van a traer las cortinas mañana. No tengo más preocupaciones, salvo la mediocridad de mis borradores cuando vuelvo a releerlos. ¡Pobre viejo capitán!

Me pregunto si has leído alguno de los libros de Sassoon. Si es así, espero que te hayan gustado. Quizá yo los haya elogiado en exceso, si bien los «colores» son muy pálidos y no captan la atención al momento. Y tú, ¿lo encuentras insensible?

Me escribieron Bruce y Kingsley. Has oído hablar de la *Coronation Ode*, ¿no? Hookham y Neustadt colaborando, bueno, no, eso es injusto. Me pregunto si se interpretará alguna vez. ¡Buenas noches!<sup>19</sup>.

Viernes. Tu carta de esta mañana... Ojalá que no salgas este fin de semana, porque si no no te envío nada más, esto será lo único que te encuentres cuando regreses, y no es muy animoso: acabo de leerlo y creo que suena paternalista. Pero oye, te lo intento decir de modo amable y agradable, no con acritud, y puedes considerarlo como una conversación larga, si es que puedes. ... Bueno, lo enviaré. Muchos besos *muak, muak*. Hace un buen día aquí. Philip

---

(19) «Compuesta por Edward Elgar, con libreto de A.C. Benson.

## 8 de noviembre de 1952

30 Elmwood Ave, Belfast

[...]

Domingo por la noche. No, no es que no fuera capaz de escribir, si no que no habría sido realmente una carta. Ahora son las once menos veinticinco y estoy escuchando por casualidad un recital de poemas fúnebres de Margaret Rawlings. ¡Ay, querida! Está recitando «Eco», de C. Rossetti: «Habla, quedo, inclinándote, como tiempo ha, mi amor, como hace mucho tiempo». Pobre de mí y ahora un pasaje de *Los habitantes del bosque*<sup>20</sup>; ¿hacen algún bien este tipo de cosas? ¿Crees que C. Rossetti, o incluso Hardy, deben leerse en la radio en tiempos como estos? ¿Hace algún bien? Para serte sincero, espero que mi madre no lo esté escuchando. Y ahora «Recuérdame después de haberme ido»<sup>21</sup>. ¿Crees que estas orgías tienen un efecto catártico? ¿O sirven solo para reabrir heridas? (Ahora «Exequy» u «Obsequy», o como se llame, de Bishop King<sup>22</sup>). Para mí, ya que la muerte es la cosa más importante de la vida (porque pone fin a la vida y extingue cualquier esperanza de compensación o recompensa, así como cualquier otra experiencia), la expresión de la muerte y sus efectos constituye la manifestación más elevada de la literatura (ahora: «Muerte, no te enorgullezcas»<sup>23</sup>) y no debería compartirse con el pueblo a la ligera (ahora: «Pienso de forma constante en aquellos que realmente fueron geniales continuamente...»<sup>24</sup>). Ya sé que se podría decir que la muerte es igual de importante que el pitido final de un partido de fútbol (acaban con Vaughan: «Sweet Peace, se sienta, coronado de sonrisas»<sup>25</sup>) y Nuestro Señor Jesucristo), pues lo que realmente importa es lo que pasa antes. Es cierto, pero después de un partido de fútbol hay otros partidos de fútbol, después de la muerte no hay nada. No creo que la muerte pueda ser comparada adecuadamente con nada de la vida, ya que su naturaleza es completamente opuesta [...].

Te noto como si —no, un momento, déjame ver—... mi última carta debería haber llegado el viernes, ¿no? Te noté como si no hubieses recibido ninguna. Y por supuesto me gusta recibir cartas tu-

---

(20) Thomas Hardy, *Los habitantes del bosque*, traducción y postfácio de Roberto Frías, Impedimenta, 2013.

(21) Poema de Christina Rossetti, titulado «Recuerda».

(22) «Exequy on his wife», de Henry King, obispo de Chichester.

(23) Título de un poema de John Donne.

(24) «The Truly Great», de Stephen Spender: ver nota.

(25) «Peace», de Henry Vaughan.

yas. Solo me siento culpable por responder de modo frívolo y porque mi mente superficial le da vueltas a todo y nunca toco temas importantes. Casi he abandonado la lectura de *Jude*, es demasiado: los he acompañado hasta Christminster, pero la verdad es que no quiero saber lo que pasa, como cuando te topas con un accidente en la calle. Espero que tengas razón sobre Sue. Es gracioso, uno empieza pensando que es retraído, sensible, inteligente, siempre humilde y un paso por detrás y todo lo demás; y entonces resulta que, a los treinta, descubre que es un gran bruto integral, incapaz de apreciar algo más sutil que un beso o una patada, que ruge sus hipocresías a voz en grito, con la piel tan gruesa e insensible como un rinoceronte. Al menos, en mi caso. Por eso nunca debes pensar que te critico a ti. Tú siempre tienes razón, incluso cuando no es agradable tenerla. Ahora, a trabajar, ¡Tocinito!

Con amor desde la pocilga, P.

(Fragmento del libro *Cartas a Monica Jones*, de Philip Larkin, que será próximamente editado por La Umbría y la Solana)